

río, de una sencillez digna y noble en sus costumbres. Con una humanidad y una gentileza dignificadora en el trato con sus empleados y sirvientes. Me parecía que eran allí donde verdaderamente estaban noblemente situados. En la ciudad, se disminuían con el chisme, con la rivalidad social.

Creo que el señor Amunátegui con más reposo, con más larga observación, puede darnos una excelente novela en la cual se pinte la vida de los señores campesinos de Chile, en sus haciendas del valle central. Nadie hasta aquí lo ha hecho todavía. Además, yo le pediría que no le pusiera esos apellidos tan estrafalarios a sus personajes. ¿Por qué no apellidarlos, Errázuriz, Yrarrázabal, Eguiguren, Amunátegui mismo? Todo es cuestión de habilidad para situarlos y disimular su verdadera identidad.—LUIS DURAND.



<https://doi.org/10.29393/At248-44TTVM10044>

TIEMPOS DE TORMENTA, por *Domingo Melfi*

Las Ediciones de la Semana Literaria han puesto en circulación un nuevo libro del escritor nacional, Domingo Melfi. La obra recoge un dilatado ensayo sobre el desarrollo de uno de los momentos cruciales de la vida chilena y varios artículos perfectos en su dinamismo, exhibiendo el mérito de ser oportunas instantáneas de algunos aspectos de la actual civilización norteamericana.

No cabe duda que resulta interesante lanzarnos a la búsqueda del tiempo perdido, sobre todo cuando las etapas que el recuerdo quiere actualizar, son de tal categoría, que extienden su proyección hasta nuestros días, sirviéndole no sólo de tradición o antecedente, sino de savia vital.

El autor de «Tiempos de tormenta», utiliza el pretexto del remate de un viejo palacio santiaguino para ir reanimando escenas bastantes inmediatas, marcadas con el signo de la im-

paciencia, de los bruscos vaivenes, de las caídas y saltos inesperados. Y como único símbolo del hombre que es capaz de soportar todas las adversidades y todos los quebrantos del tiempo; clavada en la Tierra se destaca la figura del viejo sirviente, conocedor de todas las vibraciones perdidas y de todos los secretos emocionales del palacio, señalando de esta forma el punto crítico de unos años de la vida chilena, a partir de los cuales la precipitación es la norma y los cambios del vivir adquieren un signo propio en el que ahora nos hallamos inmersos.

Este ensayo de Domingo Melfi no sigue una línea de divagaciones literarias, recurso adecuado y más o menos hábil para encubrir y difuminar la realidad.

Los argumentos que con toda corrección y objetividad utiliza el autor para hacernos sentir aquel período de intensa primacía de lo francés en la vida chilena y de indiscutible transformación social, han sido seleccionadas en obras de escritores que supieron pulsar la realidad e imaginar las posibles consecuencias. Los nombres de Blest Gana, desterrado voluntario, en Europa y, al mismo tiempo, soñador nostálgico; de Marcial González, olvidado economista chileno, intérprete de las realidades de 1874, se unen a las de Luis Orrego Luco, novelista que en su «Casa Grande», estudia la descomposición aristocrática en los comienzos más peligrosos de su proceso.

Leyendo estas páginas de «Tiempos de tormenta», experimentamos la sensación, un poco trágica, de saber que todo cambio es casi siempre tremendo, sobre todo cuando la nueva situación creada nos lanza a nuevas formas de vida. El ritmo lento, moroso en la captación de la belleza y equilibrado en su expresión literaria, alcanza en este ensayo una innegable armonía.

En la rúbrica «Algunas imágenes de la vida norteamericana», se reúnen diez artículos, especie de visión dinámica del viajero, que con espíritu alerta y con la sensibilidad llena de

recuerdos de muchas lecturas, sabe aquilatar el contenido de ciertos valores culturales.

El ir y venir de las gentes con sus problemas espirituales soterrados, la soledad del hombre en el bullicio de las grandes ciudades, el interrogante de la raza negra, el detalle mínimo y el aturdimiento de un mundo fantástico son, en definitiva, en la pluma de Domingo Melfi, elementos de referencia para ir construyendo un cuadro social que, con frecuencia, se nos escapa cuando la despreocupación viajera permanece absorta en los detalles, quedando imposibilitada para abrazar el conjunto.

El valor del trabajo educativo y el papel del tiempo, ambos factores de configuración social, se destacan en Norteamérica, igual que en otras zonas del mundo, como la verdadera esencia que, en cierto modo, han hecho posible la fusión, a veces sencillamente externa, de colores, razas, nacionalidades y religiones. Sin embargo, subsisten algunos temores y problemas. Posiblemente la misma despreocupación y soledad espiritual del hombre blanco han creado ese Harlem en donde la raza negra explota su arte peculiar como acicate de aventura y turismo, tal vez de odio encubierto y de clara lucha.

La figura de Lincoln, padre de la unidad norteamericana, arranca a Domingo Melfi las mejores de sus meditaciones. Su contenido rebasa la ligereza del artículo periodístico hasta darle una cierta densidad de emocionado aforismo. Cada palabra del padre Lincoln «tenía la unción de una parábola».

«Las democracias sólo son posibles en la intensidad de su movimiento funcional, cuando están conducidas por hombres de este temple».

El libro, a pesar de algunos descuidos tipográficos, enaltece la bella colección de obras publicadas bajo los auspicios del Pen Club de Chile. Y el autor pone, una vez más de manifiesto, sus dotes de sagacidad en la observación y de fácil juego con los recursos de su bello estilo personal.—VICENTE MENGOD